

Enseñar en La Habana

Ricardo Porro

La primera vez que volví a Cuba después de treinta años de ausencia, una gran amiga mía —persona extraordinaria y próxima al gobierno—, me llevó a ver barrios de viviendas prefabricadas que habían hecho, y me preguntó: «¿Qué piensas tú de todo esto?». Le contesté con toda sinceridad: «No he visto nada peor en los días de mi vida». Encontraba que eran horribles. Entonces ella me dijo: «Ricardo, ¿qué se podría hacer por los jóvenes?». «Mira, yo no te puedo decir que me los mandes a la escuela de arquitectura donde yo enseñaba en Francia, porque a los sesenta y cinco años, por ley, los profesores tienen que retirarse y ya yo pasé esa edad». Y entonces ella me dice: «¿Y tú no podrías hacer algo por ellos, Ricardo?». «Yo sí, lo que tú quieras». «¿Podrías venir un tiempo aquí a enseñar?». Le dije que sí. «Un mes. Y que no haya calor». Dijo: «Para eso el mes de enero. Te tomo la palabra. El próximo mes de enero tú vienes y vamos a hacer un taller con los chicos».

Siempre que yo he enseñado, —y yo he tenido un taller para enseñar arquitectura—, sobre todo en Francia, parto del urbanismo. Busco un lugar vecino al centro de la ciudad, donde puedan desarrollar un barrio de unos 10.000 habitantes empleando urbanismo tridimensional. Claro que el urbanismo que yo hago es urbanismo de comunicación, que trata de provocar el encuentro y el contacto humano a través de la forma urbana; lo contrario al urbanismo de Le Corbusier, del siglo xx, que yo encuentro desastroso, y del Bauhaus, infecto. Malo, malo, malo. Le Corbusier era un gran arquitecto, pero un pésimo urbanista.

De modo que le dije que venía. Había que escoger a los alumnos. Propuse un proyecto para los que querían entrar. Dijimos que los alumnos podían entrar desde cuarto año hasta los cuarenta años. Hasta esta edad se puede influenciar a alguien, después es imposible. Y que hubiera solamente 30 alumnos. Se organizó el taller en la misma Escuela de Arquitectura de La Habana, en la CUJAE. Empecé enseñándoles cómo se estructura el urbanismo, por qué se estructura, cómo se ordena y cómo se hace. Esa fue mi primera conferencia. La segunda fue sobre el urbanismo de una ciudad que para mí ha sido esencial, y que considero que tiene uno de los urbanismos más brillantes de la historia: Venecia.

Esta ciudad representa lo que es el urbanismo de comunicación, del contacto humano, en el que cada función se evidencia en el juego urbano. A mis alumnos en Francia los montaba en un autobús, me los llevaba a Venecia y les explicaba su urbanismo allí mismo, sobre el terreno. Aquí les di una conferencia sobre Venecia. Después sobre Siena, que es otra ciudad que yo entiendo que tiene un urbanismo excelente. Después yo quería darles algo sobre urbanismo de capital, porque La Habana es una capital. Así que les di una conferencia sobre la manera de estructurar París. Claro, íbamos del urbanismo a la arquitectura, y me parecía que era esencial que les hablara de algún espacio urbano que estuviera construido, así que les di una conferencia sobre el Campidoglio de Miguel Ángel, en Roma, que para mí es uno de los espacios urbanos más bellos que existe en el mundo.

A partir de este punto, decidimos tomar un terreno que está entre la calle Zapata y la Plaza de la Revolución, desde el Castillo del Príncipe hasta el Cementerio de Colón, atravesado por la calle Paseo, en el Vedado. En ese lugar les dije que quería desarrollar como tema un barrio dentro de ese sentido de urbanismo de comunicación, y que fuera a la vez urbanismo de capital. Empezamos inmediatamente a trabajar. En el primer momento el trabajo era sumamente difícil. Los chicos no estaban acostumbrados a ese tipo de urbanismo y a trabajar así. Hasta quise traer barro para ir trabajando cada semana el urbanismo que se hacía, que pudiera ser realizado en plano, y también en tres dimensiones, no sólo en dos. Es decir, que ya era un urbanismo como arte. Urbanismo en el que además entraba la arquitectura. Al principio fue muy difícil que nos entendiéramos, que yo pudiera transmitirles a ellos cómo hacerlo, ya que no tenían el hábito. Fue una tarea enorme. Trabajé ocho horas diarias con ellos y ellos trabajaban como unos locos. Trabajaron y trabajaron, y nos pusimos a luchar y a luchar. Al final sacaron una serie de proyectos que eran algo extraordinario. Es lo mismo que yo he hecho en Francia. Claro que allí lo hice exclusivamente en La Habana, con la tradición de La Habana, con la visión de La Habana, con la visión del lugar específico, un barrio que se llama La Timba.

En Francia yo hago otra cosa. Generalmente cuando hago un taller, los alumnos elegidos se quedan cinco años y dos años trabajamos fuera de Francia, para que ellos entren en otras tradiciones, en otras mentalidades. Recuerdo que un año escogimos el espacio que está alrededor de la Phylarmonia de Sharún en Berlín, la biblioteca y un museo, y les dije: «Tomando como centro de la ciudad estos edificios, desarróllenme viviendas para 10.000 habitantes de alrededor. Claro, a la vez yo les daba una serie de conferencias sobre lo que era la cultura alemana, para que ellos se empaparan de ella. Yo quería formar arquitectos cultos, cosa que traté de hacer en La Habana y no pude. Estuve poco tiempo en la Escuela de Arquitectura y cuando me di cuenta de que no podía hacer nada, me fui de la Escuela.

Otro año lo hice en Ámsterdam y lo hice con el espíritu holandés. Nos fuimos a los museos a estudiar a los pintores holandeses, a la cultura holandesa e hicieron un proyecto en el centro de Ámsterdam.

Bueno, esto mismo lo hice yo en un mes en La Habana. Quiero decir que la calidad de los trabajos de los chicos fue extraordinaria. Cuando terminaron, aquellos chicos habían trabajado como unos locos y el trabajo era bueno, comparable a cualquiera de estos otros que les he mencionado. Esta es la historia que les quería contar.



Centro de Arte y Oficinas. Vaduz, Lichtestein.
Arquitectos: Ricardo Porro y David Bigelman, 1969-1974.